

Buenos Aires colonial

La primera visión que la vieja Buenos Aires producía en el viajero no era muy alentadora. Un inglés que llega desde Montevideo la describe con las siguientes palabras:

“Desde el río se la ve en toda su extensión coronando la lomada o barranca que limita por allí la costa del sur del río, viéndose de tal modo que las torres de las iglesias son lo único que interrumpe un nivel tan igual como el de las aguas del opuesto horizonte. No hay allí un fondo lejano para el paisaje; nada de montañas ni de bosque; una vasta y prolongada llanura se extiende por más de 800 millas...”



Carruajes.

Menos alentador aún era el modo llegar a tierra; como en tiempos antiguos no había canales dragados en el lecho del río, los barcos debían anclar lejos, a veces a varios kilómetros aguas adentro.



Menos alentador aún era el modo llegar a tierra; como en tiempos antiguos no había canales dragados en el lecho del río, los barcos debían anclar lejos, a veces a varios kilómetros aguas adentro, todo el mundo transbordaba entonces a unos botes que tampoco podían dejar a sus pasajeros en tierra firme. Se producía un segundo trasbordo, esta vez a unas carretas o carretillas que estaban en el lugar.

Estas carretas estaban hechas de tal modo que incluso podían ser empujadas por el caballo, como las carretillas que usan los albañiles.